

# La lectura como rebeldía

---

Francisco Solano

---

En una entrevista concedida a nuestra revista (número 83, octubre de 1997), el novelista Juan José Millás se refería a la lectura como una forma posible de rebeldía. Decía Millás que el sistema asimila ciertos comportamientos violentos de fin de semana (“el delincuente está confirmando el sistema en el momento mismo que lo viola”), pero quien se queda en casa, leyendo, un sábado por la tarde, no sólo no es asimilable por los poderes establecidos, sino que está, con su actitud, poniendo en cuestión la realidad en la que vive. Esta apreciación radical del hecho de leer tuvo un mayor consenso en épocas pasadas; hoy, sin embargo, la lectura está tan aureolada de prestigio que ha perdido parte de su capacidad de transgresión. Tanto es así que es difícil no encontrar, en periódicos y revistas, con una frecuencia bastante regular, algún discurso político que no se aproveche también, si viene al caso, para cantar las excelencias de la lectura. No cabe duda de que sobre la lectura y los libros han caído, y seguirán cayendo, los mayores elogios. De ahí que no sea inoportuno preguntarse si esa acumulación de elogios no es, en definitiva, un modo de neutralización de la capacidad subversiva de la lectura, una forma finalmente retórica de hablar bien de lo bueno para sentirse justificados, ennoblecidos, excelsos, y así pasar sin remordimientos a otra cosa.

La diferencia entre esos discursos vacíos, aunque muy bien intencionados, y la defensa que de la lectura hace Juan José Millás estriba, sobre todo, en que el escritor pone el acento en lo que la lectura tiene de subversión de lo real, y ahí radica, creemos, su verdadero carácter. Leer no es sólo transitar por un mundo paralelo al mundo cotidiano, no es un lento paseo por una realidad virtual; leer, antes de nada, supone suscitar la quiebra de ese mundo cotidiano con la apertura y la ampliación de otras realidades. ¿Pero hasta qué punto le interesa al lector común poner en cuestión la realidad en la que vive? No debe verse aquí una defensa de los mundos imaginarios, sino más bien un recurso de precisión y ahondamiento en la percepción de lo real. La realidad, en efecto, no tiene vías concretas de acceso, es todo lo que ocurre o sucumbe ante nuestros ojos, pero estamos tan inmersos en los acontecimientos que su sucesión nos deslumbra. Para decirlo de otra manera, nos sentimos vivos, pero no sabemos cómo. La lectura, sin embargo, nos facilita esa necesidad de precisión sin la cual la realidad es un desbarajuste, nos ordena el caos, nos ofrece un lugar y una perspectiva, nos sitúa frente a una parcela bien delimitada del mundo.

Estas reflexiones son válidas, especialmente, para los libros de literatura, pero también son pertinentes para cualquier otro modo de conocimiento a través de la lectura. En cualquier caso, en el acto mismo de leer confluyen, al mismo tiempo, dos voluntades: la inalterable permanencia de las páginas escritas y la decisión del lector de que esas páginas cobren vida. De ahí que no debería confundirse nunca la lectura con una tarea liviana o neutral, con un pasatiempo. Pues incluso como mero pasatiempo, como recreación o distracción, leer es siempre un riesgo, una intensa aventura de la que conocemos su arranque, pero de la que ignoramos sus consecuencias. Por lo demás es bien claro que, al terminar un libro, algo ha sucedido, ya no somos el mismo, al menos ya no somos *exactamente* el mismo.

Por tanto, si la experiencia de la lectura nos surte, sobre todo, de imprevistas metamorfosis, de identidades imprevisibles, y nos deposita en un territorio desconocido, en un mundo que no pertenece del todo a la realidad, todo esto supone una subversión de las reglas dominantes de la realidad, que durante un tiempo no mensurable quedan en suspenso, a la espera de ser verificada de nuevo con nuestra propia vida. La lectura considerada como una forma de rebeldía presupone, igualmente, una rebelión contra los límites de nuestra existencia, un modo de no aceptar *a priori* la actual conformación de la realidad. Sin que esto suponga dotar al discurso de un tono imperativo, podemos decir, sí, que hay que leer, porque es el medio más próximo a nuestro alcance, un medio de fácil acceso, con el que podemos desentrañar la realidad, para así conocer sus diversos componentes, y reconocer qué materiales son falsos o engañosos y qué otros materiales son esperanzadores, fértiles y dignos de ocupar nuestra memoria. Así es, en efecto, la lectura es la sustancia de la memoria, tanto de los vivos como de los muertos.